

Cárcel de Mujeres

ME dijeron: Compra el libro de María Carolina Geel. Es lo más admirable que se ha escrito en estos tiempos.

Lo compré. Lo lei en un momento. Se trata de pocas páginas transformadas en libro mediante una habilidad de impresión. Es como un buen capítulo para una novela. Un trozo. En las buenas novelas grandes hay docenas de capítulos así, como en las telas grandes de Tiziano, de Rubens y de Goya, hay docenas de naturalezas muertas o paisajes. La autora es artista e inteligente, con bonitos ojos dramáticos.

Para los que no han conocido cárceles de mujeres, el libro será una impresionantemente revelación. Cárceles o prostibulos. Del Hotel Crillon al Hotel de la calle Lira. Desde un Chile importado hasta la más triste realidad nacional. Ahí están las nuevas conocidas: María López, la Chamaca, Adelaida, Ofelia, Rosa, Fresia, María Patas Verdes y otras. Parecen asiladas de un gran prostibulo. Bajo la dulce mirada de una santa: la madre Anunziata.

Adelaida es la bonita y más joven. Las mujeres en las cárceles, como dicen en las italianas, a veces si **maritano fra di loro**. En la obra de M. Villermé, París 1820, hay un estudio de esto. En octubre de 1818, en Saint Lazare, París, una mujer se dio cuchilladas cuando una nueva prisionera la suplantó. Las cárceles de mujeres no escapan a la ley de la universal dificultad. Aquí tenemos una Escuela Correccional de Niñas en Las Monjas del Buen Pastor, aparte de la de Mujeres. Conservo apuntes de las polémicas desatadas alrededor de esta última, especialmente la del año 1916.

Saint Lazare se encuentra en París. Es prisión de mujeres. Hay, además, **maisons de redressement**, o correccionales campestres, en Doullens y en Cadillac. En los Estados Unidos, con diversidad de leyes en cada Estado, dichos establecimientos se diferencian. La correccional de Copperhead, descrita de mano maestra por el novelista Sinclair Lewis, era antesala del infierno. La llamada Westfield State Farms, en los alrededores de New York, pasaría en nuestro país por un colegio para millonarias. Los campos reformativos parecen excelentes campos de deportes. Cuentan con salones de belleza, cafeterías, restaurante, clases de estenografía, de cocina, de moda, de trabajos campesinos y de religión. Las celdas para mujeres incorregibles son humanas. Los dormitorios individuales se parecen a los de un excelente hotel, con calefacción. La de Marysville, en Ohio, hace olvidar a las mujeres los crímenes que cometieron. Carre de rejas. Pueden salir solas so palabra de honor. En una representación teatral cómica, estilo de cine, las dos "estrellas" del año 1946 habían asesinado a sus maridos. En Westfield y en Marysville se permite el maquillaje. Es sabido que un hermoceamiento de la cara es calmante para las mujeres atacadas por formas de locura.

Aquí es otra cosa y, no obstante, en el relato de María Carolina Geel vemos el caso tremendo de la muchacha que después de salir en libertad mata de un hachazo a una mujer para volver a la cárcel. El desmentido de Adelaida, que así se llama la muchacha, es más de detalle que de hecho.

"La Adelaida había satisfecho su obsesionado anhelo: volver y de nuevo amar". Donde se eleva María Carolina a considerable espacio emocional es en la aventura de las noches en la cárcel, entre el miedo, el celo y el terror, cuando un horrible alarido de pecadora histérica destruye al silencio.

A veces María Carolina Geel nos recuerda que no es Geel, sino de casta española, Georgina Silva Jiménez, pariente del granadino García Lorca. Es difícil a un lector universal no recordar Yerma y La Casa de Irene Alba.

El drama de García Lorca que recuerda **Cárcel de Mujeres** es aquél en que unas mujeres andaluzas solas, sin hombres, apenas pueden dormir escuchando relinchos de animales en celo y cantos de labradores que regresan a sus hogares. Noche de amor frustrado.

Dice María Carolina Geel: "El canto de la Chamaca crece hasta mi conciencia. Su asunto es el de un compadre de quien se enamoró..."

Y entonces, pa consolarme, yo me tomé mi cañón, yo me tomé...

El cañón, en vez de la caña de vino. María Carolina ha aprendido en la cárcel de mujeres el nombre de un trago desconocido en el Crillon.

¿Por qué Crillon? Nombre de un duque francés. Digamos Hotel Crillon, de criollo.

Muy bien describe María Carolina, pág. 62, cierta parte de la cárcel reservada a las delinquentes con plata. Equivale al agregado de Capuchinos en la cárcel de hombres, o Club de la Unión de los presos ricos. Dice Carolina, con mucha gracia: "Las severas religiosas cierran la puerta de este recinto a dos clases de reos: la meretriz y la ladrona, así, ladrona sin eufemismos..." Después cuenta que hay en dicho recinto varias ladronas elegantes de las llamadas cleptomanas.

Ahora voy al asunto mismo. Al asesinato en el Hotel Crillon el 14 de abril de 1955. Me pregunto: ¿con qué derecho juzgan a una poetisa, a una introvertida, cerebral, de talento, hombres sin imaginación, o positivistas? Sin embargo, así es en todas partes.

—En Inglaterra va hubieran colgado a María Carolina, dice alguien.

—Sí. Pero aquí no estamos en Inglaterra, sino en el fin de un mundo, bajo otras estrellas, donde los ríos corren al revés y las montañas se extienden al revés. Allá, en Europa, todo es diferente. No tienen allá esta gigantesca masa eléctrica, volcánica, de la cordillera, que a veces nos trastorna como en Arequipa el Misti. En verdad, aquí el Código Penal debería ser diferente al de Europa. No es que seamos inferiores ni superiores. Somos diferentes, y nada podrá hacernos de otra manera. Somos diferentes. Imposible nos ha sido adaptar aquí el sistema parlamentario inglés como en Inglaterra. La contextura, la biología, la educación y el carácter son otros. A un pueblo políticamente niño es imposible transferirle leyes políticas viejas. Menos las penales. En Inglaterra falla la ley independientemente del público. Aquí falla la calle. Todo se resuelve en el tumulto de la calle. El público dice que María Carolina no es culpable.

Confieso que no conozco un solo crimen parecido a éste, ni el de la condesa Pia Bellentani en Italia, en 1952. Ni el de María Bombal, en 1941, ni el de Blanca Errázuriz, en 1917.

María Carolina es una niña intoxicada de literatura, introvertida, enferma de incompreensión en un clima de indiferencia. Su mano no se armó para matar un hombre ni un amor. Se armó para matar al monstruo de su frustración. Para poder gritar su caso. No amaba a ese joven. ¿Was he clever? Como miles de mujeres, buscaba un amor romántico, eterno, histórico. Al no encontrarlo no se encontraba ella. Anduvo enneguecida buscándose a sí misma. Mujeres así se desesperan en un clima de hombres transidos de miedo al ridículo.

María Carolina, tímida y siempre en las nubes, temía que los hombres positivistas la arrancaran de su paraíso. Tenía horror de verse arrancada de sus sueños y sepultada en el basural hediondo de la realidad.

Conoci el caso de una mujer católica y de excelente familia que estuvo a punto de matar a un marido grosero. Este marido la abandonaba y llegaba al amanecer. Cierta noche ella se escondió tras de una cortina y dejó en la mesa un papel en que anunciaba al marido que había ido a suicidarse. Llegó el marido. Tomó el papel. Lo leyó. Bostezó y se arrojó vestido en la cama. Quedó dormido. Ella hizo un esfuerzo para no matarlo.

María Carolina no tuvo eco en sociedad ni en el amor.

Una mujer que ama de veras a un hombre no lo cita en el Hotel Crillon. A ese sitio fue buscando al eco. ¡Me huyes! ¡Te mato! A un algo abstracto se le disparan cinco tiros. No a un ser amado.

De todas las pasiones abstractas, la más fuerte es la literatura.

María Carolina vivió, como muchos chilenos, en un delirio de sobreestimación. Terrible resulta pensar en las estampas gemelas: "Lo que ella pensaba ser". "Lo que era en realidad".

Lloró cuando mató. ¿Por qué? Oigámosla:

"Porque la madre de él llenó mi pensamiento".

Lo abrazó como la madre hubiera abrazado al hijo muerto.

¿Deseaba casarse con él? Oigámosla:

"Porque todo el bien que él pudiera darme no alcanzaría a desplazar la espantosa miseria moral que el matrimonio llega a infiltrar en los seres".

Si alguna vez le tuvo simpatías, a él, "fue por esa sencillez o inferioridad suya que en cierta forma lo hacía superior al mundo demoníaco de la inteligencia".

El sentimiento de frustración le hacía crujir los huesos. Soñaba con viajes. Hizo uno a Lima. Sugereente es el hecho de que olvidó en un taxi setecientos dólares. ¿Dónde iría esa cabecita?

No sabía lo que quería. Mejor dicho, soñaba una vida de princesa de cuento. Una belleza que haría detenerse el tránsito. Alhajas deslumbrantes. Coronada por un gallardo trovador en los juegos florales.

Después de soñar delicias y grandezas de esta clase, ha de ser una pesadilla entrar de pronto en la antecámara oscura del Hotel Crillon del brazo de un corriente joven de la burocracia.

A esta clase de mujeres ebrias de gloria, cuando no son majestuosas de apariencia yo les digo: ¡háganse actrices! El teatro es un pedestal mágico. Mujeres corrientes, que no miraríamos en la calle, en el escenario parecen diosas. Basta que tengan ojos dramáticos.

Maravillas para después, salir al centro y ver desfilar las eternas caras enfriadoras, con risitas socarronas, es un suplicio.

Cierta dama bondadosa, criada en un hogar respetable y católico, sufrió en la edad crítica un extraño matiz de locura. Pingió la piedad, la lujuria y la maldad. Su modelo fue la Quintrala de la leyenda. En la tarea de fingirse pícara gastó una fortuna. Se ponía las ropas más extravagantes y provocadoras. Se hizo pintar los cabellos de rojo. ¡Soy la Quintrala!, gritaba.

Y nadie se escandalizaba. Nadie le creía. Se mató.

J. E. B.